

la galería; *Te-Deum* durante la misa rezada; el tren ha cogido un ciervo en Marly... 25 Agosto, audiencia de ceremonia de los Estados; misa mayor, con cordones encarnados; juramento de M. Bailly; vísperas y oración; gran cubierto... 5 Octubre, caza con escopeta á la Puerta de Châtillon; matadas 81 piezas; interrumpida por los acontecimientos; ida y vuelta á caballo. 6 Octubre, partida para París, á las 12 y media de la tarde; visita á la Casa de la Ciudad; cenado y dormido en las Tullerías. 7 Octubre, *nada*; mis tías han venido á comer. 8, *nada*... 12, *nada*; se corre el ciervo en Port-Royal.» Encerrado en París, cautivo de la multitud, su corazón sigue siempre á su jauría. Muchas veces, en 1790, se lee en su diario que tal día corre el ciervo por tal punto; sufre por no estar allí. No hay privación que le sea más intolerable que ésta; se vuelve á encontrar la huella de su tristeza hasta en la protesta que redacta antes de partir á Varennes. Conducido á París, sedentario en las Tullerías, «donde lejos de hallar las comodidades á que estaba acostumbrado, no halla siquiera las distracciones que se procuran las personas acomodadas,» le parece que su corona ha perdido su más bello florón.

IV

Á tal general, tal estado mayor; los grandes imitan al monarca. Como una colosal efigie de mármol precioso erigida en el centro de Francia, y cuyas copias reducidas se esparcen por miles de ejemplares en todas las provincias, así se copia y se repite la vida real, en más pequeñas proporciones, hasta el más apartado solar. Se figura y se recibe; se representa y pasa el tiempo en sociedad. Veo primeramente, al rededor de la corte, una docena de cortes de príncipe; cada príncipe ó princesa de la familia real tiene, como el rey, una casa puesta, pagada, en todo ó en parte, por el Tesoro, distribuida en servicios diferentes, con gentil-hombres, pajes, damas de honor; en una palabra, 50, 100, 200 y hasta 500 empleos. Hay una casa de este género para la reina, otra para la infanta Victoria, otra para la infanta Adelaida, otra para el hermano del rey, otra para su mujer, otra para el conde de Artois, otra para la condesa; habrá una para la infanta real, otra para el pequeño Delfín, una para el duque de Normadía, hijos, los tres, del rey; una para el duque de Angulema, una para el duque de Berry, hijos del conde de Artois; á partir de la edad 6 ó 7 años, los hijos tienen ya su representación, y reciben. Si me fijo en una fecha preciosa, la de 1771,

en la cual, como puede verse en el Archivo nacional, se pagaban de pensión 150.000 francos al duque de Orleans, 100.000 al príncipe de Condé, 70.000 al de Clermont, 60.000 al duque de Borbón, 60.000 al príncipe de Condé, 60.000 al conde de la Marche, 60.000 á la viuda de Conti, 50.000 al duque de Penthièvre, 50.000 á la princesa de Lamballe y 50.000 á la duquesa de Borbón, encuentro todavía una para el duque de Orleans, otra para el de Borbón, otra para la duquesa, otra para la princesa de Condé, otra para el conde de Clermont, otra para la princesa viuda de Conti, otra para el príncipe, otra para el conde de la Marche y otra para el duque de Penthièvre. Cada uno de estos personajes, además de su habitación en casa del rey, tiene su castillo ó su palacio propios, en que tiene su sociedad; la reina en Trianon y en Saint-Cloud, las infantas en Bellevue, el infante en Luxemburg y Brunoy, el conde de Artois en Meudon y en Bagatelle, el duque de Orleans en Palais-Royal, en Monceaux, en Raincy y en Villers-Cotterets; el príncipe de Conti en el Temple é Ile-Adam, los condes en el palacio Borbón y en Chantilly, el duque de Penthièvre en Sceaux, Anet y Chateaufort; y todavía omito la mitad de esta clase de residencias. En el Palais-Royal todas las personas presentadas pueden ir á cenar, en los días de ópera. En Chateaufort todos los que van allí de visita son invitados á comer, los nobles á la mesa del duque y los demás á la mesa de su primer gentil-hombre. En el Temple, las cenas del lunes reúnen ciento cincuenta convidados. Cuarenta ó cincuenta personas, decía la duquesa del Maine, son «lo particular de una princesa.» El séquito de los príncipes es tan inseparable de su persona, que les sigue hasta en el campo. «El señor príncipe de Condé,—dice M. de Luynes,—parte para el ejército mañana, con gran acompañamiento. Tiene 225 caballos, y 100 el señor conde de La-Marche. El señor duque de Orleans parte el lunes; tiene 350 caballos para él y su séquito,» y, según el mismo Luynes, en el ejército de Westfalia, el conde de Estrées, general en jefe, tenía 27 secretarios, y Grimm fué el vigésimo octavo; y cuando el duque de Richelieu partió para su gobierno de Guyena necesitó, en todo el camino, relevos de 100 caballos. Tras los parientes del rey, todos los grandes que tienen representación en la corte figuran también en su casa, en su palacio de París ó de Versalles y en su castillo, á algunas leguas de París. Por todas partes se encuentra en las memorias, aunque en pequeño, alguna de estas existencias señoriales. Tal es la del duque de Gèvres, primer gentil-hombre

de cámara, gobernador de París y de Ile-de-France, que tiene, además, los gobiernos particulares de Laon, Soissons, Noyon, Crespy, Valois, la jefatura del soto de Mousseaux y 20.000 libras de pensión; verdadero hombre de corte, especie de ejemplar de la gente de su clase en alto relieve, y que por sus empleos, su favor, su lujo, sus deudas, su consideración, sus gustos, sus ocupaciones y la movilidad de su ingenio, nos representa toda la buena sociedad en abreviatura. En materia de parentescos y genealogías, su memoria es sorprendente; posee á fondo la preciosa ciencia de la etiqueta, y bajo estos dos títulos es un oráculo muy consultado. «Ha acrecentado mucho la belleza de su casa y de sus jardines en Saint-Ouen.» «En el momento de morir,—dice M. de Luynes,—acababa de agregar á ellos 25 fanegas, que había comenzado á hacer cercar dentro de una adornada terraza...» «Tenía una casa numerosa en gentil-hombres, pajes y domésticos de todas clases, y gastaba prodigiosamente... Todos los días daba un gran banquete... Y casi en todos, también, audiencias particulares. No había nadie en la corte ni en la ciudad que no le hiciera la corte. Los mismos ministros y los príncipes de la real familia le ofrecían sus respetos. Recibía áun estando en cama. Escribía y dictaba en medio de una numerosa compañía... Su casa de París y su departamento en Versalles no se desocupaban nunca, desde que se levantaba hasta que se acostaba.»

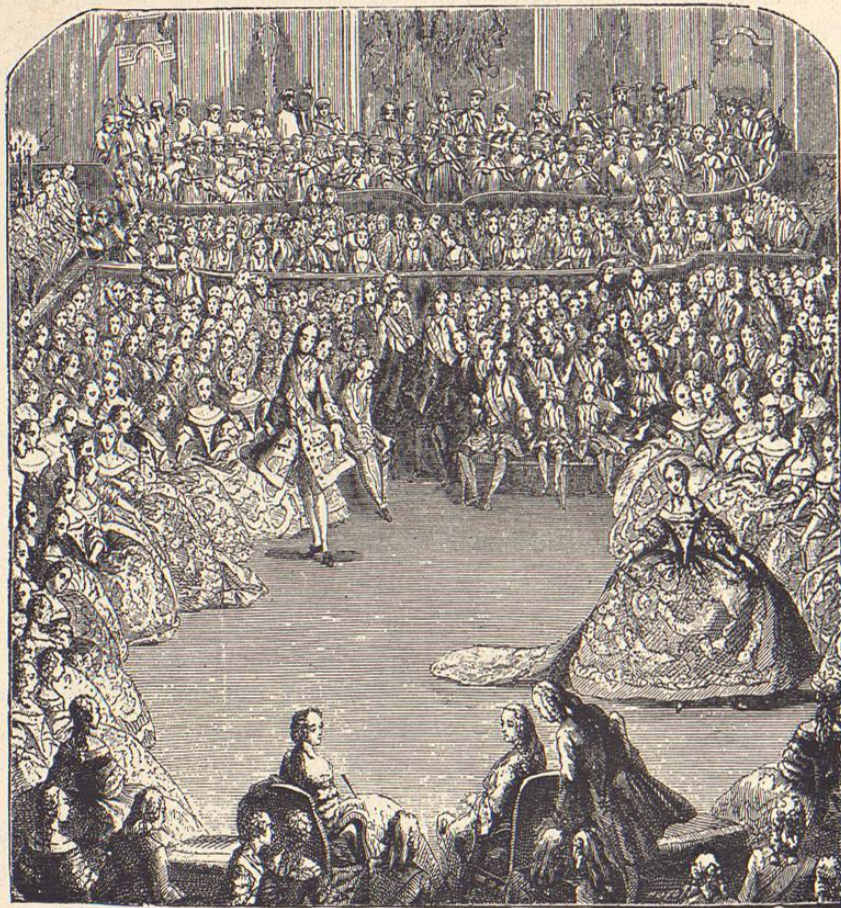
Dos ó trescientas casas en París, en Versalles y en las cercanías, ofrecen un espectáculo semejante. Nunca se está solo; «es costumbre en Francia,—dice Horacio Walpole,—quemar hasta el cabo su candela en público.» El palacio de la duquesa de Gramont es asaltado, desde por la mañana, por los más grandes caballeros y las más escopetadas señoras. Cinco veces cada semana, en casa del duque de Choiseul, á las diez de la noche, el mayordomo entra á echar una ojeada á los salones, en la inmensa y repleta galería, y (como puede verse en de Goncourt) hace poner, según le parece, cincuenta, sesenta ú ochenta cubiertos en la mesa; en breve, á la vista de este ejemplo, todas las casas ricas se glorían de tener mesa puesta para todas las visitas. Naturalmente, los medrados, los rentistas que compran un título ó se dan el nombre de alguna posesión, todos estos negociantes é hijos de tales que desde Law se codean con la nobleza, copian sus maneras. Y no hablo aquí de los Bouret, de los Beaujon, de los Saint-James y otros verdugos de dinero, cuyo boato ofusca el de los príncipes. Considerése á un simplesocio en los arriendos, M. d'Epínay, cuya espo-

sa, fina y modesta, se resiste á tanta ostentación. Este asociado, según Mme. d'Epínay en sus memorias, «acaba de completar su servicio doméstico,» y hubiera querido que ella tomase una segunda camarera, pero se resistió. Á pesar de ello, en esta casa económica «los empleados, las mujeres y los criados llegan á 16... Cuando M. d'Epínay está levantado, su criado se prepara para vestirle. Dos lacayos permanecen en pié, aguardando sus órdenes. El primer secretario entra con el objeto de dar cuenta de las cartas recibidas y que está encargado de abrir; pero en esta operación experimenta doscientas interrupciones, por todas las clases de motivos imaginables. Unas veces es un chalán que tiene para vender caballos sin igual. Luégo es un tunantuelo que viene á vocear una canción, y á quien se concede protección para hacer que ingrese en la Ópera, después de haberle dado algunas lecciones de buen gusto y de haberle enseñado lo que es la limpieza del canto francés. En seguida es una joven, á quien se hace aguardar para saber si yo estoy todavía allí... Me levanto y me marchó. Los dos lacayos abren las dos hojas de la puerta para dejarme salir á mí, que en tal momento pasaría por el ojo de una aguja, y los dos rufianes gritan en la antecámara: «Señoras, señores, la señora.» Todo el mundo se pone en fila, y estos señores son mercaderes de telas, de instrumentos, ó de bisutería, vendedores ambulantes, lacayos, limpiabotas, acreedores; en fin, todo lo que de más ridículo y de más lastimoso puede imaginarse. Las doce dan, ó la una, antes que ese tocador haya concluido, y el secretario que, indudablemente, sabe por experiencia la imposibilidad de dar cuenta detallada de los asuntos, tiene un pequeño borrador, que pone en manos de su principal, para enterarle de lo que éste debe decir en la junta de arrendatarios.» Ociosidad, desorden, deudas, ceremonial, tono y maneras de protector, todo esto parece una parodia del verdadero mundo; es que nos hallamos en el último peldaño de la aristocracia. Y, sin embargo, la corte de M. d'Epínay se parece, en pequeño, á la del rey.

Con mayor motivo, pues, se necesita que los ministros, embajadores y oficiales generales que tienen el empleo del rey, figuren de una manera grandiosa. Ninguna otra circunstancia hizo tan brillante, ni más costoso el antiguo régimen; en esto como en todo lo demás, Luís XIV es el principal autor del mal, lo propio que del bien. La política establecida por la corte prescribía el fausto. «Era darle gusto el darse al fausto en el traje, en la mesa, en los trenes, en los edificios y en el juego; eran estos otros tantos mo-

tivos para que hablara á la gente. De la corte, el contagio se propagó á las provincias y á los ejércitos donde la gente cualquiera que fuese el puesto que ocupaba no era considerada sino en proporción á su mesa y á su magnificencia.» Así lo demuestran St.-Simón XII, 457, y Dangeau VI, 408, cuando dicen que en casa el mariscal de Bouffers en el cam-

pamento de Compiègne (Setiembre de 1698) había cada mañana y cada tarde dos mesas de 20 á 25 cubiertos, además de las suplementarias, 72 cocineros, 340 criados, 400 docenas de servilletas, 80 docenas de platos de plata y 6 de plata sobredorada. Catorce caballos distribuidos en las paradas llevaban de París diariamente los licores y las frutas, y había



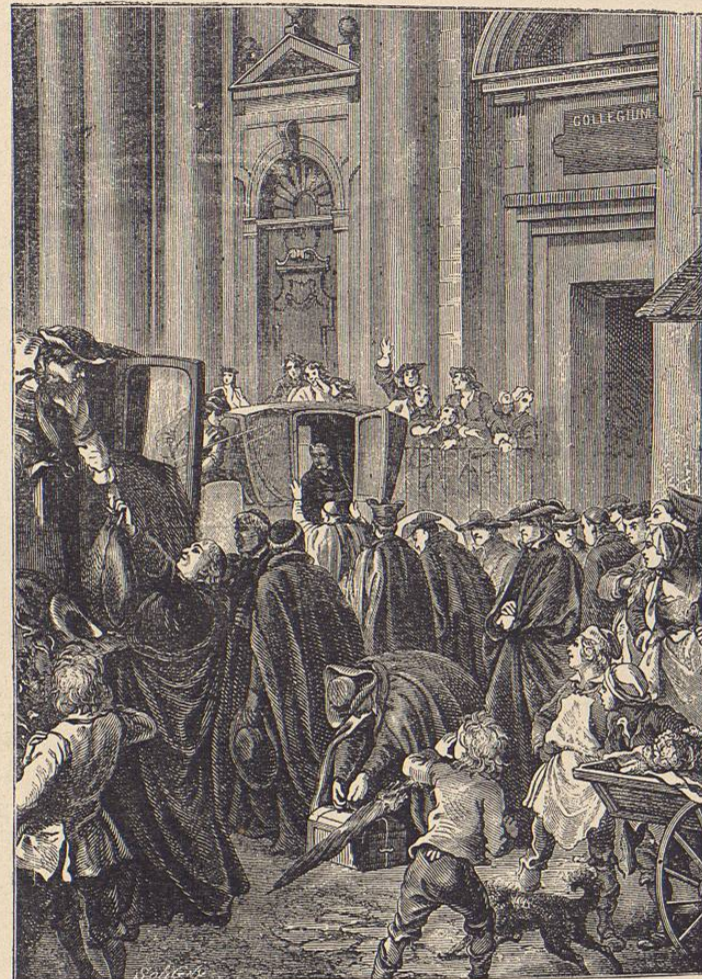
Un baile en la corte

propios que llevaban cada día de Gand, Bruselas, Dunkerque, Dieppe y Calais, pescado, volatería y caza. En los días ordinarios se consumían 50 docenas de botellas, y 80 durante las visitas del rey y de los príncipes. Durante el año en que el mariscal de Belle-Isle fué á Francfort para la elección de Carlos VI, gastó 750.000 libras en viajes, transportes, fiestas, banquetes; construcción de un comedor y de una cocina, además de 150.000 libras en cajas, relojes y otros regalos; y de orden del cardenal Fleury, tan económico, tenía, según Luynes, 101 empleados en la cocina. En Viena en 1772, el embajador príncipe de Rohan, tenía, dos carrozas que costaban 40.000 libras, 40 caballos, 7 pajes nobles, 6 gentil-hombres, 5 secretarios, 10 músicos, 12 criados peatones,

4 picadores ó correos, cuyos trajes recamados habían costado 4.000 libras cada uno, y lo demás á proporción; cosa que está también comprobada, por las *Memorias* del abad Georgel. Sabido es el lujo, el gusto, los exquisitos banquetes, la admirable representación del cardenal de Bernis, en Roma. Según Sainte-Beuve, en su *Causeries du lundi* VIII, 63, y por testimonio de las señoras Genlis y Roland, «Se le llamaba el rey de Roma, y éralo, en efecto, por su magnificencia y la consideración de que gozaba. Su mesa daba idea de cuanto era posible hacer en esta clase de ostentaciones... En las fiestas, las ceremonias, las iluminaciones, estaba siempre por encima de toda comparación.» Él mismo, decía sonriendo, «Tengo el albergue de Francia en una encrucijada

de Europa.» Así es, que sus emolumentos é inmundicidades, eran dos ó tres veces mayores y más amplios que ahora. «El rey da 50.000 escudos á las embajadas de primera clase. El señor duque de Duras cobró hasta 200.000 libras anuales por la de Madrid y además de eso, 100.000 escudos de grati-

ficación, 50.000 libras para gastos secretos y se le prestaron muebles, por valor de 400.000 ó de 500.000 libras, de los cuales se quedó la mitad. Según de Luynes XV, 455 y XVI, 219. «El mariscal de Belle-Isle había contraído deudas por valor de 1.200.000 libras, una cuarta parte de ellas, para



Expulsión de los jesuitas

sus quintas de recreo y el resto para el servicio del rey. Este para desempeñarle de sus obligaciones dióle 400.000 libras contra el producto de las salinas y 800.000 libras de renta contra la compañía explotadora del privilegio concedido para la refinación de metales preciosos.» Los gastos y emolumentos de los ministros son parecidos á estos: en 1789, el canciller, cobra 120.000 libras de sueldo, el guarda-sello, 125.000. Como puede verse en el estado general de ingresos y gastos fijos en 1.º Mayo 1789. p. 633, «M. de Villedemil, como secretario de Estado, había de percibir 180.670 libras; pero hizo observar que esta suma no cubría sus gastos y

su sueldo se elevó á 226.000 libras en junto.» Por otra parte, es uso corriente que cuando se retiran les conceda el rey una pensión de 20.000 libras y regale 200.000 francos de dote á su hija. Eso no es bastante para el tren que gastan. Como se verá consultando el *Diccionario de la etiqueta* de madame Genlis: «Están obligados á sostener una casa tan fastuosa, que poco es lo que en su empleo pueden enriquecerse; todos ellos ponen mesa en París tres veces á la semana cuando menos, y todos los días en Versalles y en Fontainebleau.» Cuando M. de Lamoignon fué nombrado canciller con 100.000 libras de sueldo, creyóse que se arruinaría en seguida,